

OBREMOS

REVISTA DE LITURGIA Y ORACIÓN

EL ARTE DE CELEBRAR

LA LITURGIA AL SERVICIO DE LA MISIÓN EN LA IGLESIA

PARA TI ES MI MÚSICA

¿CANTO DE ENVÍO?

EL ARTE DE ORAR

PALABRA, SILENCIO Y ORACIÓN

LITURGIA Y PIEDAD

COMPRENSIÓN POPULAR DE LA MISIÓN

AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

LA CELEBRACIÓN DE LA FE GENERA IMPULSO MISIONERO



PBRO. DR. JUAN DAVID MURIEL MEJÍA.

“LA PALABRA DE DIOS

EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Coordinación arquidiocesana de vida litúrgica y oración

CONTENIDO

PÁG.

3

EL ARTE DE

CELEBRAR

LA LITURGIA AL SERVICIO DE LA MISION EN LA IGLESIA



PÁG.

9

LITURGIA Y

PIEDAD

COMPRENSIÓN POPULAR DE LA MISION



PÁG.

11

AL SERVICIO DE LA

ASAMBLEA

LA CELEBRACIÓN DE LA FE GENERA IMPULSO MISIONERO

PÁG.

5

PARA TI ES MI

MÚSICA

¿CANTO DE ENVÍO?



PÁG.

7

EL ARTE DE

ORAR

PALABRA, SILENCIO Y ORACIÓN

PÁG.

13

AUTOR

INVITADO

PBRO. DR. JUAN DAVID MURIEL MEJÍA.

LA PALABRA DE DIOS EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA



CRÉDITOS

TEXTOS:
Coordinación de vida litúrgica y oración
Arquidiócesis de Bogotá

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:
Mary Jazmín Quitián Vanegas

FOTOGRAFÍA:
freepik.es

LA LITURGIA DE LA IGLESIA, Y
MÁS ESPECÍFICAMENTE LA
CELEBRACIÓN DE LOS
SACRAMENTOS, SON EN MODO
PLENO LA FUENTE Y EL
CULMEN DE TODA LA MISIÓN
DEL PUEBLO DE DIOS

LA LITURGIA AL SERVICIO DE LA MISIÓN EN LA IGLESIA

Liturgia y misión son dos términos que, en lo que toca a la reflexión teológica, no pueden ser extraños o indiferentes. Ya desde los orígenes de la Iglesia las acciones evangelizadoras desarrolladas por los apóstoles, y cuyo contenido nuclear apuntaba a la predicación del *kerigma*, integraban armónicamente tanto la exposición de la fe como las celebraciones rituales. Así, por ejemplo, el envío misionero que Jesús hace a los Once previo a su Ascensión está en función del aumento de los miembros de la Iglesia mediante la celebración del bautismo (Cf. Mt 28, 19). También en los Hechos de los Apóstoles, en repetidas ocasiones, luego del anuncio viene como consecuencia la recepción del

Ya desde los orígenes de la Iglesia las acciones evangelizadoras desarrolladas por los apóstoles integraban armónicamente tanto la exposición de la fe como las celebraciones rituales.

bautismo (Cf. Hch 2, 41). Por su parte, en lo que toca a la Eucaristía, algo similar sucede, pues vale la pena recordar que la fracción del pan no se celebraba al margen de la enseñanza de los apóstoles, sino que tenía su realización y cumplimiento sacramental mediante la celebración del banquete (Cf. Hch 2, 42).

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, expresa lo anterior de modo inmejorable: "Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envió a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envió a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica" (S.C. No. 6).

Lo interesante de esta interacción, en la que simultáneamente el *kerigma* y la liturgia están

compenetrados, es que el movimiento inicial del que hablamos parte de un anuncio que repercute en la liturgia, el fruto de este proceso conduce a la comunidad hacia un segundo movimiento inverso, en el que, participando en la liturgia, encuentra motivos y fuerza para convertirse a sí misma en testigo y anunciadora de los misterios que ha celebrado. El Decreto Conciliar *Ad Gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, lo expresa categóricamente así: "Todos los fieles, como miembros de Cristo viviente, incorporados y asemejados a Él por el bautismo, por la confirmación y por la Eucaristía, tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su Cuerpo para llevarlo cuanto antes a la plenitud" (A.G. No. 36).

De este modo se puede ir concluyendo que la liturgia de la Iglesia, y más específicamente la celebración de los sacramentos, no pueden ser comprendidos restringidamente como la fuente y el culmen de la vida cristiana; son también en modo pleno la fuente y el culmen de toda la misión del pueblo de Dios. Es justamente lo que sucede cada vez que llegamos a la conclusión de la Eucaristía: con la expresión "vayan en paz", el cristiano que ha participado

en la liturgia no se contenta con retener para sí lo que ha recibido como un don luego de tomar parte en la mesa del Señor; al contrario, porque ha escuchado la voz del Maestro y ha sido instruido una vez más en la fe de la Iglesia, y porque ha fortalecido su espíritu mediante la comunión eucarística, ahora se siente enviado como testigo de una experiencia que debe tender a ser ella misma pascual, porque "pasa" de ser una fe celebrada a una fe convincentemente anunciada. Es lógico afirmar, por último, que según la pretensión fundamental de la reforma litúrgica por la que se espera una necesaria participación plena, consciente y activa en la liturgia por parte de los fieles, derive asimismo la comunicación de un *kerigma* vivo que, por la calidad del testimonio y por el nutritivo alimento del que se enriquece, se ofrezca a todas las personas con la fuerza y la eficacia de quien se experimenta discípulo misionero de la obra de Jesús.

*John Álvaro
JIMÉNEZ CARVAJAL,
Pbro.*

Todos los fieles, como miembros de Cristo viviente, incorporados y asemejados a Él por el bautismo, por la confirmación y por la Eucaristía, tienen el deber de cooperar a la expansión y dilatación de su Cuerpo para llevarlo cuanto antes a la plenitud




¿CANTO DE ENVÍO?

EL CANTO DE ENVÍO O DE MISIÓN TIENE MAYOR SENTIDO EN EL MOMENTO DE LA DESPEDIDA

Es usual que, en las celebraciones de envío de catequistas, misioneros u otras encomiendas pastorales, se entone un canto de envío o de misión. Pero ¿cuál es su lugar dentro de la celebración eucarística?

LA PARTICIPACIÓN PIADOSA Y CONSCIENTE EN LA MISA CONSTITUYE EL IMPULSO DECISIVO PARA EL CUMPLIMIENTO DE LA MISIÓN APOSTÓLICA

El rito de conclusión de la misa, además de otras cosas, consta de saludo y bendición del sacerdote y despedida del pueblo por parte del diácono o del sacerdote, para que cada uno vuelva a su honesta actividad, alabando y bendiciendo a Dios. (IGMR 90, b.c.) Obviamente, el misal no hace referencia a ningún canto especial en el Rito de Despedida. No tiene sentido, pues, disuelta la asamblea, el pueblo que ha celebrado empieza a salir del templo. La Misa, por tanto, tiene un canto de entrada, pero no tiene un canto



de salida. Sin embargo, es una práctica muy enraizada que la celebración eucarística termine con un canto después de la despedida de la asamblea. Generalmente está dirigido al recuerdo de la Virgen acompaña nuestros pasos en la vida de cada día y en la misión que realizamos. Un canto de envío o de misión, salvadas las distancias de la devoción a la Madre de Dios, tiene mayor sentido en este lugar, en el momento de la despedida. "La Eucaristía no es solo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera" (*Sacramentum Caritatis* 84).

Después de la bendición, el diácono o el sacerdote despide al pueblo con las palabras "*Ite, missa est*". En esta despedida



podemos apreciar la relación entre la Misa celebrada y la misión cristiana en el mundo. En la antigüedad, «*missa*» significaba simplemente «terminada». Sin embargo, en el uso cristiano ha adquirido un sentido cada vez más profundo. La expresión «*missa*» se transforma, en realidad, en «misión». Este término expresa sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia. Por tanto, conviene ayudar al Pueblo de Dios a que, apoyándose en la liturgia, profundice en esta dimensión constitutiva de la vida eclesial.

Es una convicción teológico-pastoral que, celebrada la Eucaristía, somos enviados a la misión. En la carta apostólica *Dies Domini*, dedicada a la celebración dominical, San Juan Pablo II muestra cómo

la participación piadosa y consciente en la Misa constituye el impulso decisivo para el cumplimiento de la misión apostólica que a todos se nos ha encomendado. Como los primeros testigos de la resurrección, los cristianos convocados cada domingo para vivir y confesar la presencia del Resucitado, habiendo recibido el Pan de Vida, y comprendiendo el sentido de lo que allí se ha realizado, somos llamados a ser evangelizadores y testigos en la vida de cada día. (*Dies Domini*, 45).

Cantos como “Alma Misionera” del Grupo Betsaida o “Id y enseñad” o “Testigos” de Cesáreo Gabaráin, combinan bien letra y música para un canto que nos recuerda la misión que se nos encomienda.

Una sugerencia, bastante ejercitada en diócesis de los Estados Unidos, consiste en que después de que el diácono o sacerdote disuelven la asamblea con el acostumbrado “pueden ir en paz”, los ministros y el presidente de la celebración permanezcan en el presbiterio cantando y, sólo antes de que el canto finalice, se inicie la veneración del altar y la salida; mientras tanto, la asamblea continúa cantando hasta que los ministros hayan regresado a la sacristía.

**José Antonio
ZAPATA NOLE,
Pbro.**

PALABRA, SILENCIO Y

ORACIÓN

“En el principio existía la Palabra”, pero no se ha dicho que la Palabra fuese el principio. El principio es el silencio del Padre, del que emerge la Palabra. “La Palabra estaba junto a Dios”, porque Palabra y silencio van juntos; Palabra y silencio son las dos caras del Misterio. “Y la Palabra era Dios” y la encontramos en los textos sagrados, sin quedar atrapada en ellos.

“Ella estaba en el principio con Dios”: la Palabra es propia del Silencio divino; un silencio que supera los silencios del hombre. La Palabra tiene su cuna en el silencio de Dios; y a ese silencio aspira todo verdadero orante. “Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe”: la Palabra emerge del Silencio divino, allí es engendrada y por eso de ella emergen todas las cosas. Todo cuanto existe es propio de la Palabra. Toda oración auténtica

tiene como atmósfera el silencio del que emerge la Palabra en la que todas las cosas existen.

La Palabra une al hombre con Dios en la oración, porque la Palabra es la Presencia de Dios y, al final, la oración plena y más sublime es el silencio del Padre. Nadie puede orar si no se adentra en el silencio; en todo aquel que conoce el silencio resuena la Palabra divina y todo aquel que ora gusta la Palabra en silencio, superando el discurso de las palabras.

Quien habla en la experiencia orante es Dios mismo, haciendo

**EN EL SILENCIO DE
LA ORACIÓN, MÁS
PALABRA, MENOS
PALABRAS**

Palabra y silencio van juntos; Palabra y silencio son las dos caras del Misterio.



la Palabra es propia del Silencio divino; un Silencio que supera los silencios del hombre.



Toda oración auténtica tiene como atmósfera el silencio del que emerge la Palabra.



La obra del orante es no hacer, no decir, no pretender, para que la Palabra silente sea en él.



La oración se hace plena cuando se hace vida, retoma la vida y emerge en la vida humana.



La Palabra se hace carne en el orante; él es morada de la Palabra, hasta la contemplación.

de este diálogo experiencia mística. Mística porque es propia del Misterio, en el que se calla. Más Palabra, menos palabras. Dios habla con Su silencio que todo lo trasfigura, mientras que el hombre aporta su silencio pasivo, abierto, confiado. Esa es la gran obra del orante: no hacer, no decir, no pretender, para que la Palabra silente sea en Él; porque orar no es atrapar nada, sino dejarse sumergir en Dios.

“En ella estaba la Vida y la Vida era la luz de los hombres”: así, en el encuentro orante, el silencio del hombre se encuentra con la Palabra divina y ella colma de vida al orante, porque la Vida viene de la Palabra viva. La oración se hace plena cuando se hace vida, cuando retoma la vida y cuando emerge en la vida del hombre.

“Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad”. Y así podemos concluir

parafraseando: Y la Palabra se hace carne en el orante; el orante es la morada de la Palabra, hasta elevarse a la contemplación de la Gloria del Padre, como el Hijo único, experimentado por tantos místicos, primereados por María, mujer que meditaba en el silencio de su corazón, lleno de gracia y de verdad.

En este Año de la Oración, palabra, silencio y oración, han de considerarse como una trinidad integrativa de la espiritualidad. Un año para orar en silencio escuchando la Palabra.

*Víctor Ricardo
MORENO HOLGUÍN,
Pbro.*



**UN AÑO PARA
ORAR EN SILENCIO,
ESCUCHANDO LA
PALABRA**

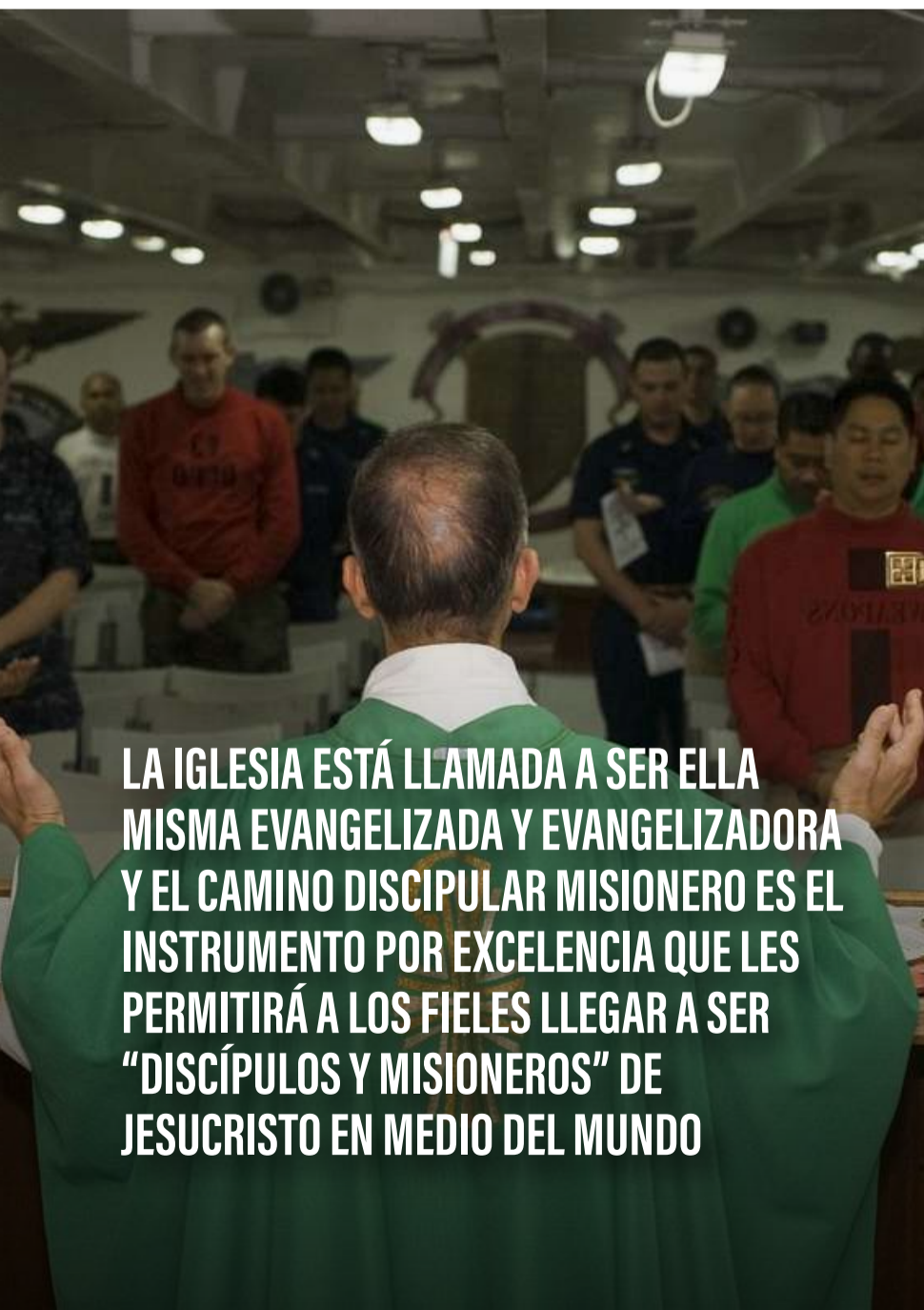
COMPRENSIÓN POPULAR DE LA MISIÓN: VERDADERA OPORTUNIDAD PARA LA EVANGELIZACIÓN

Es normal escuchar conceptos sobre la misión diciendo que es la movilización de la Iglesia hasta lugares en donde el Evangelio de Jesucristo resulta desconocido o al menos poco conocido. De esta manera la historia de la Iglesia reconoce que la evangelización haga misión en territorios lejanos como todo un proceso para que Jesucristo sea conocido y se instaure allí el reino de los cielos en la vida de los creyentes.

También hemos conocido en nuestros tiempos, nuevos modos de entender la misión como aquellas acciones en momentos cruciales de la vida litúrgica tales como la pascua de Resurrección y la pascua de Navidad, en las que se lleva una experiencia celebrativa, festiva y formativa a personas que en ciertos territorios se eligen como destinatarias porque están lejanos o porque se identifican como periferias territoriales o existenciales de frente a la comunidad eclesial visible (parroquias, capellanías, monasterios...)

Este concepto nos trae a la mente la imagen de sujetos de la misión que se considerarían lejos territorialmente, aunque con cierta intuición sobre la vida cristiana (periferia territorial), y aquellos que, aunque vecinos territoriales de la comunidad eclesial, están sumergidos en una periferia existencial que incluso puede impedirles reconocer la necesidad de una vida mejor, de una vida con sentido pleno, de una vida en eternidad.

Cuando ciertos miembros de la comunidad eclesial identifican esas periferias, deciden lo que la costumbre de las acciones evangelizadoras ha llamado misión. Y entonces es bueno recordar tantas buenas obras que se han hecho en estas experiencias que podría decirseles específicamente misioneras, porque se aprovechan espacios de tiempo que coinciden con la fuerza de las tradiciones litúrgicas y populares en semana



LA IGLESIA ESTÁ LLAMADA A SER ELLA MISMA EVANGELIZADA Y EVANGELIZADORA Y EL CAMINO DISCIPULAR MISIONERO ES EL INSTRUMENTO POR EXCELENCIA QUE LES PERMITIRÁ A LOS FIELES LLEGAR A SER "DISCÍPULOS Y MISIONEROS" DE JESUCRISTO EN MEDIO DEL MUNDO

santa y en la preparación de la Navidad. Y también podría decirseles “de lugar”, porque se elige un territorio o un grupo de personas específico para hacerlo.

En esta ocasión esta columna busca visibilizar lo que se hace con tanto empeño, con lo que precisamente esos momentos especiales del Año Litúrgico conllevan para vivir la celebración del misterio Pascual y del misterio de la Encarnación. Pero también es nuestra misión llamar la atención sobre las exigencias que suponen la preparación de los contenidos y las experiencias que se comunicarán en aquellas acciones misioneras.

Se podrían identificar al menos tres puntos focales para llevar a término una adecuada acción misionera: 1) Reconocer al sujeto de la acción misionera y descubrir la manera como el primer anuncio puede ser entregado y asumido. Por ejemplo, una periferia territorial y/o existencial y su entorno sicosocial, familiar, el tipo de herramientas que se requieren a nivel interdisciplinario (psicología, sociología, acompañamiento familiar, acompañamiento infantil...). 2) Tener un abanico de posibilidades para abordar al sujeto de la acción misionera a nivel de la formación litúrgica, pues no es lo mismo una persona o grupo de personas que no conocen la celebración sacramental o no son bautizadas, a otra persona o grupo de personas que ya viven de algún modo la vida sacramental. En cada caso se requiere de las acciones catequéticas necesarias para llevarlos a las celebraciones litúrgicas, concretamente a la celebración del misterio pascual. 3) Contar con la comunidad eclesial para que la acción misionera pueda prolongarse con proyectos o itinerarios que la vinculen a su seno, para que



los sujetos de la acción misionera puedan sentir que son miembros vivos de la Iglesia y sujetos de las acciones pastorales, no solo de las misioneras o catequéticas aisladas.

Recordemos que la Iglesia está llamada a ser ella misma evangelizada y evangelizadora y el Camino Discipular Misionero es el instrumento por excelencia que les permitirá a los fieles llegar a ser “discípulos y misioneros” de Jesucristo en medio del mundo.

*Nicolás
GARZÓN,
Pbro.*

LA CELEBRACIÓN DE LA FE GENERA IMPULSO MISIONERO

La Iglesia es misionera por naturaleza y su objetivo es que Jesucristo sea anunciado y conocido, amado, seguido e imitado y, por consiguiente, toda su vida, su ser y quehacer, desemboca en la celebración del Misterio Pascual del Señor resucitado de donde emana la vida reconciliada con Dios y en donde encuentra el anuncio su plena meta y realización.

Transformar el mundo con y desde el amor redentor de Cristo, llevando a los hombres a la experiencia existencial de ser realmente hijos en el Hijo único, hace que la celebración del misterio cristiano en la liturgia de la Iglesia desarrolle todo su potencial evangelizador. Aunque siempre resulta difícil establecer el grado de penetración del Evangelio en la vida de las personas y de las comunidades, es claro que hay muchos bautizados para quienes su relación con el Señor Jesucristo no es el centro de sus vidas, ni el proyecto del Reino el horizonte último de su acción. El debilitamiento de la identidad cristiana en nuestros días alcanza todos los aspectos: el doctrinal, el celebrativo, el ético, así como el de la proclamación testimonial del Reino.

¿Cómo despertar el sentido vivo de la fe en tantos católicos que recibieron un anuncio insuficiente y que no los condujo a una opción verdaderamente consciente por el Señor Jesucristo y por el Evangelio, con la pasión por el Reino en su centro? ¿Cómo favorecer a través de la acción eclesial una existencia cristiana más integral que abarque las dimensiones intelectual, celebrativa y social de la fe? Hay, sin duda, pluralidad de opciones para resolver estos interrogantes, pero la respuesta siempre habrá de reconocer la celebración litúrgica como un camino privilegiado para dinamizar la tarea misionera de la Iglesia, en la medida en que ella es la fuente de la existencia cristiana, su culmen y al mismo tiempo su condensación visible y social.

La renovación de la fe es ante todo una obra de Dios; ella debe ser implorada en



la oración particular y en la oración litúrgica de los evangelizadores: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles" (Sal 126). Es a través de la liturgia, particularmente en sus acciones sacramentales y principalmente en la Eucaristía, como la fe se expresa y se alimenta. La liturgia condensa toda la existencia cristiana: ella es culto racional en el que se anuncian las maravillas de Dios por la proclamación de la Palabra y por la actualización de la misma a través del ministerio de la predicación; ella es, al mismo tiempo, acogida del don personal de Dios y manifestación de la orientación de las opciones éticas y morales en la dinámica personal generada por la aceptación del anuncio cristiano y en términos de apertura al otro y de edificación de la comunidad cristiana.

Es innegable que para muchos bautizados una cierta participación en la liturgia de la Iglesia es en la práctica el único vínculo que mantienen con la Iglesia y que las celebraciones de algunos sacramentos son una ocasión privilegiada para plantearse su proyecto de vida de cara a Dios y a la mediación eclesial, desde la participación constante y consciente de quienes son servidores de la asamblea litúrgica, y desde la coherencia con la que se viva la fe, se puede cumplir con el "ir" misionero, para que todos reconozcan a Jesucristo, el único salvador y la esperanza del mundo.

*Néstor Fernando
PEÑA RODRÍGUEZ,
Pbro.*



**LA CELEBRACIÓN DEL
MISTERIO CRISTIANO
EN LA LITURGIA
DESARROLLA TODO SU
POTENCIAL
EVANGELIZADOR**

LA PALABRA DE DIOS EN LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA

En esta oportunidad tenemos como autor invitado a un reconocido liturgista de la Arquidiócesis de Medellín, docente de esta área de la teología y cercano colaborador del Departamento de Liturgia de la Conferencia Episcopal de Colombia.

El padre Juan David Muriel ha querido compartir con nosotros un documento acerca de la centralidad de la Palabra de Dios en la vida litúrgica y en la oración de la Iglesia.

Nos permitimos hacer una relación de los distintos puntos del artículo que encontraremos completo en el micrositio de la Coordinación de Vida Litúrgica y Oración del sitio web de la Arquidiócesis de Bogotá o haciendo clic en el link al final de esta presentación.

El autor invitado destaca la importancia de la Palabra en la liturgia cristiana, inspirado en la preocupación del Concilio Vaticano II por organizar y solemnizar el lugar que ocupa la Sagrada Escritura en la liturgia. Destacamos:

La liturgia comienza con la Palabra que prepara a la asamblea para la liturgia eucarística. Ella misma es banquete que se ofrece desde el ambón.

Cuando se proclama la Palabra de Dios en la celebración litúrgica, esta se recibe como:

Palabra creadora: La Palabra de Dios es la raíz

de todo lo que existe, en particular de la comunidad eclesial; Dios crea con su Palabra la salvación del hombre. Los gestos en los ritos tradicionales y las oraciones conectan a la asamblea con el origen de los gestos salvadores, permitiendo actualizar los efectos redentores para las comunidades sucesivas.

La Palabra que teje la comunión: La proclamación de la Palabra une a la comunidad, construye asamblea y fomenta la solidaridad; anima al reconocimiento de la propia realidad limitada y pecadora y anima la búsqueda de caminos de compasión y generosidad.

La Palabra permite la presencia sacramental: La proclamación comunitaria de la Palabra une a los fieles y permite discernir caminos comunes para la construcción del Reino de Dios. La Palabra hace presente el misterio pascual y hace a la misma Iglesia sacramento de la presencia de Dios en medio del mundo.

¿Es la Palabra sacramento? ¿Realiza la presencia dinámica, real y espiritual de

aquellos núcleos pascuales que denominamos sacramentos? podríamos responder con un seguro ¡Sí! La Palabra cumple en la asamblea el triple carácter del signo sacramental: anámnesis (permite el recuerdo de las hazañas y la obra de Dios por el pueblo y por cada uno), demostración (la Palabra explícita, narra, demuestra, explica, ordena, manifiesta, revela, da un carácter objetivo a la celebración, es para escucharla y vivirla) y prognosis (por ella renace la esperanza, los cielos nuevos y la tierra nueva, se teje el futuro, se cree y se espera, es mensaje de alegría, no de condena, de Alianza, de paz, nos hace esperar y gustar el cielo, nos permite construir ya la civilización de la reconciliación).

*Dr. Juan David
MURIEL MEJÍA, Pbro.
Arquidiócesis de Medellín*



PUEDES ENCONTRAR EL ARTÍCULO COMPLETO CON EL SIGUIENTE VÍNCULO.

[HTTPS://ACORTAR.LINK/9BLYA1](https://acortar.link/9BLYA1)



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración*

INTERACTÚA CON NOSOTROS POR MEDIO DE NUESTRAS REDES



liturgiayoracion@arquibogota.org.co



www.coordinacionvidaliturgiayoracion.arquibogota.org.co

Si deseas apoyarnos te invitamos a realizar una donación:
Cuenta Corriente Banco Caja Social N° 21500303066 a nombre de la Arquidiócesis
de Bogotá NIT. 860.021.727-6